

La prisa se traga la vida...

Por: Maru Cárdenas

No es lo mismo dos horas de clase que dos horas de cine. ¿Por qué, si en ambos casos son dos horas? Una cosa es el tiempo y otra la percepción que tenemos del mismo. Pareciera que el tiempo corre distinto, no es lo mismo dos horas de una clase aburrida que dos horas con mis amigos en un café. Aunque en ambos casos el reloj marque ciento veinte minutos, en el primer escenario los percibo como una eternidad y en el segundo como apenas unos cuantos minutos. Lo que es un hecho es que el ser humano es temporal y muchas son las formas de vivir el tiempo.

Lo temporal y lo intemporal conviven en el hombre, su ser material y su ser espiritual no se oponen, se complementan y le dan un perfil único al ser humano. Los animales viven en un continuo presente, los hombres podemos pensar en el hoy, en el ayer, en el mañana. Si bien hemos de morir, nos sabemos capaces de trascender verdaderamente en el tiempo. El hombre no es dueño del transcurrir del tiempo, no puede recuperarlo, no puede alargarlo, solo trata de aprovecharlo mejor, hacer más en menos tiempo. Para una gran mayoría, la falta de tiempo es una experiencia cotidiana y compartida: vivimos a toda velocidad, con prisa, con presión (descargas emocionales continuas), dando muchas veces la primacía a lo inmediato sobre lo importante. Hace casi un siglo el filósofo español García Morente exclamó: “La prisa se traga la vida”. ¿Qué nos diría hoy?

Vivimos corriendo, pareciera que las veinticuatro horas de cada día son insuficientes. Las agendas de los adultos son modernas, sofisticadas y exigentes, no alejadas de las de los niños que hoy comparten los deberes escolares con múltiples compromisos vespertinos (natación, ballet, karate, música, pintura, entre otras). La comida rápida se ha extendido en muchas familias mexicanas (que por cierto ya no tienen tiempo de comer juntos, por lo que muchas veces la televisión los acompaña). Existe una impresión generalizada de que “más es mejor” y “pronto, mucho mejor”. Las mamás presumen lo pronto que sus bebés aprendieron a caminar (lo cual no los hace caminar mejor), lo pronto que supieron los colores en inglés (lo cual no necesariamente los ayuda a comunicarse más). Los niños quieren ser grandes; quien está en preescolar, suspira por pasar a la primaria; al que está en primaria, le urge llegar a bachillerato; los jóvenes procuran terminar la universidad cuanto antes y trabajar, aunque no necesariamente por motivos económicos. En los videojuegos, lo importante es pasar al siguiente nivel (no disfrutar el actual). Los lunes son casi un martirio que se amortigua esperando el viernes, sin embargo el viernes se va sin apenas ser percibido por estar planeando el fin de semana, finalmente el domingo “pesa”, pues el lunes está a la vuelta... Hay quien tiene tanta prisa que lee el capítulo final del libro saltándose varios intermedios. Mucho de la competitividad actual consiste en una lucha contra el tiempo, llegar antes que los demás. En el ámbito del ocio, se da la afición por el récord: ganar en mejor tiempo.

Carl Honoré, periodista canadiense que reside en Londres, encontró en un aeropuerto un libro sobre cuentos para niños reducidos a un minuto. Después de emocionarse con el descubrimiento (podría dejar la habitación de su hijo pequeño antes que de costumbre cada noche), cayó en la cuenta de que su adicción por la velocidad lo presionaba a tomar decisiones ilógicas y no necesariamente productivas. ¿Es mejor Blanca Nieves con tres enanitos que con siete? ¿La versión reducida deja el mismo mensaje? ¿Lo ayudaba en la relación con su hijo? De regreso a casa, realizó una investigación sobre el tiempo y las formas de vivirlo y se convirtió en uno de los principales promotores del *Slow Movement*, un movimiento internacional contra la velocidad que promueve el tiempo justo para cada actividad.

Como Honoré, muchos han descubierto que la velocidad, el activismo, no es garantía de plenitud ni de mayor bienestar. Permitir que la prisa nos gobierne tiene efectos secundarios contraproducentes. La prisa constante pospone la felicidad, el estado emocional que se experimenta es más parecido a la ansiedad que a la alegría. En numerosas ocasiones se omiten procesos de maduración importantes, por ejemplo, es especialmente dañina cuando se precipita e impide la correcta maduración psicológica de un adolescente. La prisa acarrea necesariamente la superficialidad; en el pensamiento, impide la reflexión necesaria que le da sentido a la vida, que cuestiona si el camino emprendido es el más conveniente; en las relaciones humanas, erosiona la amistad, nadie ama lo que no conoce y a quien tiene prisa se le dificulta tener el espacio y la actitud suficiente para conocer al otro y estar disponible para el otro.

Sin embargo, no estamos destinados a vivir a prisa. Una cosa es aprovechar el tiempo y sacarle el mayor jugo posible y otra es vivir siendo sus esclavos. El tiempo es un regalo, un medio, no un fin en sí mismo. Tenemos otras opciones que implican la decisión interior para poner lo importante sobre lo urgente, a las personas sobre las cosas, vivir el presente sin perdernos en futurismos, no dejarnos presionar por el mercado o lo políticamente correcto, sino vivir con intensidad, otorgando el tiempo justo en cada momento.

¿En qué gasta el ser humano su tiempo? Algunos en lo temporal y finito: el dinero, el poder, la fama. Todo esto pasa, distrae al hombre, no lo realiza, no lo perfecciona, no lo llena. Nunca es bastante y nunca satisface plenamente. Muchas veces lo importante no es la cantidad del tiempo de vida, sino la calidad de ese tiempo. Aprovecharlo o desperdiciarlo. Hay un tiempo determinado, una duración desconocida, “no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”. ¿Qué hemos hecho con el tiempo pasado? ¿Ha valido la pena? ¿Qué queremos hacer con el tiempo que aún nos queda? El saber emplear el tiempo es esencial para todo hombre y mujer. Hay una proporción entre el modo en el que administramos el tiempo presente y la felicidad o infelicidad de nuestra vida futura (aquí y en el más allá). Si se quiere cosechar mañana, hay que sembrar hoy.

Hay quienes no se concentran en lo finito, sino que buscan invertir en lo que no se acaba, ven más allá del momento presente. Viven intensamente de cara a su trascendencia. No es indiferencia por las cosas de este mundo, tienen los pies en la tierra pero alzan la mirada, el corazón al cielo. El tiempo es un regalo, un recurso valiosísimo. Invierte y gana, cada instante es una oportunidad.